

TODO LLEGA PARA EL QUE SABE ESPERAR

Glosa al sudario de la hermandad del Descendimiento “La escalera” de Medina de Rioseco. Miércoles Santo del año 2024.

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.”

Hebreos 11:1

Existen más de quinientas formas de ser de la escalera. Unas más pasionales y extrovertidas, otras; más reservadas e íntimas.

Existen más de 500 formas de ser de la escalera, con sus diferencias y sus similitudes, con sus peculiaridades y parecidos.

Existen, o eso dicen, más de 500 formas de ser de la escalera ... pero quizá solo exista una... “La espera”.

Si hay una cosa que todos los hermanos de la escalera tenemos en común, aún sin darnos de ello cuenta, es la capacidad para esperar. Esa capacidad nos permite ser conscientes de que al acabarse un viernes santo, el siguiente llegará. Nos permite imaginarnos en la vuelta a casa de la cena, siendo ya sábado santo, que el año siguiente volveremos a encontrarnos vestidos de mantilla o de blanco, viendo como su mecer entre balcones nos recuerda, que era justamente ese momento el que estábamos esperando.

Y es precisamente ahí, al final de la cena, donde historias de mayores sobre ritos y tradiciones nos transportan a una época donde cada dos años sacaban el paso y el refresco se daba en la casa del mayordomo. Historias que nos permiten conocer como ellos aguardaban que llegase el viernes santo, y que nos enseñan a la vez, cómo hemos nosotros de esperarlo.

Y es precisamente ahí, al final del Viernes Santo, donde comentamos lo bien que ha salido nuestro paso. (O no tanto). Donde nos juntamos varias hermanas del paso y entre recuerdos y platos las hermanas más mayores nos transmiten hoy también como ellas aguardaban que llegase el viernes santo y nos enseñan a la vez, como hemos nosotras de esperarlo.

Es en el final de un viernes santo, donde comienza un nuevo ciclo de todo un año de expectación, en el que los hermanos y hermanas de la escalera pasan la vida esperando a que llegue cuanto antes otro nuevo Viernes Santo.

“Hay que saber esperar cuando se está desesperado, y andar cuando se espera”.

Gustave Flaubert.

Una vez pasada la semana santa, el nuevo ciclo comienza. Comenzamos a entender poco a poco que no veremos, al menos en un tiempo, por la calle a “la escalera” y que todas las heridas que cerró el hecho de verla, siguen estando en nosotros y siguen estando abiertas.

En el comienzo del ciclo nos apabulla la espera. No hay tiempo en el año que nos apague de emoción y nos aturda el corazón como los días posteriores a la semana santa. Nada nos ayuda de verdad, solo queda esperar.

Sin embargo poder darse tiempo en un momento así hace que posiblemente sin quererlo, valoremos más el momento que nos hace tan felices.

Y es que la espera, no significa pasividad, no significa quedarnos inmóviles mientras todo pasa, sino movernos en la dirección adecuada para estar preparados para cuando llegue.

Es una espera activa, no pasiva. Una espera que nos lleva al camino de la vida y es que para los hermanos de la escalera la vida es, sencillamente, lo que pasa se mientras espera al **viernes santo siguiente**.

Uno de los primeros momentos de nuestro ciclo que nos recuerdan lo que estamos aguardando es la misa de difuntos.

Primer domingo de Mayo, en esta misma Capilla y por la mañana temprano. Acuérdate lo primero del farol que con las prisas no pudiste dejarlo ni siquiera en su sitio. Farol que seguramente lleve descolocado desde el mismo viernes santo. Llevará allí desde el momento en que lo dejaste para ir a coger el paso; no te dio tiempo a limpiarlo y ni siquiera a guardarlo.

La medalla, acuérdate; te recuerda tu padre apresurado, llegamos como siempre tarde, tu tío nos está esperando, sabes que él se sienta dentro, justo al lado del paso, en su palo.

Seguro que ya está allí cuando lleguemos y aunque la misa no haya empezado nos dirá que si vamos a llegar tan tarde otro año más, podemos ir pensando en borrarlos.

Una vez acabada la misa y con el farol en la mano todos vuelven a sus casas. Es el momento último del año en que medallas y faroles deberían acompañarnos. Y es que suele ser mal asunto si ese no es el caso.

Va pasando el año y nos entrenamos con nuestros quehaceres cotidianos. Y mientras van quemándose los meses, todos los días **tienen** ese instante, en el que daríamos lo que fuera por un solo momento “de nuestra escalera”.

Y es que pasada esa fecha es cuando realmente se hace largo. La espera se hace mucho más dura justo cuando llega el verano... Y hay veces que hasta pareciera que no nos acordáramos de la espera.

La verdad es, que incluso en esos momentos en los que crees que no los estás esperando, lo esperas. A veces parece que tuviéramos un sexto sentido para pasar por el corro justo la tarde de verano en la que el mullidor tiene una visita, o la mañana en la que está aprovechando para dejar la capilla impoluta, como siempre. Y es que nos basta el mínimo hueco que pueda dejar la imponente puerta entreabierta de la capilla, para entrar corriendo en ella y contemplarla.

Y de repente, ahí está. Justo lo que sabías que te ibas a encontrar, tal cual sabías que te la ibas a encontrar y exactamente en el sitio en el que sabías que te la ibas a encontrar, pero aun así, te sorprende.

Tan alta, tan grande, tan elegante. Tan imponente.

Basta tan solo asomar la cabeza en ese instante, para saber que lo estabas esperando. El contraste es helador al atravesar el marco que el brazo de Nicodemo rozará nueve meses después.

Seguro que muchos de los aquí presentes saben de lo que hablamos, pero es que resulta casi imposible expresar con palabras, la sensación de entrar en la capilla en cualquier otro momento del año que no sea semana santa.

El contraste con la temperatura de fuera, la ausencia de luz y su **presencia**; hacen que de repente, esa tarde de verano que parecía una cualquiera, tenga un sentido distinto, y huela a barniz y madera.

Una vez dentro, es difícil comprender como algo tan imponente, algo **que** aun estando en los **banquillos está tan cerca del techo**, haya podido salir todos los años por la puerta de la capilla. Esa puerta parece diminuta a su lado.

Es imposible que salga por ella. Es, sencillamente, demasiado complicado.

“La paciencia es amarga, pero su fruto es dulce.”

Aristóteles.

Siguen pasando los días, como lágrimas en la lluvia. Y sigue pasando el año, vuelve a llegar el frío. Eso suele significar acordarnos del mismísimo frío que solemos pasar con el farol de la mano, cuando vamos a alumbrar.

Es en esta época del año, cuando sacamos otra vez los abrigos del armario. Se acaba el verano, volvemos a nuestra vida tras las vacaciones, y poco a poco, nos vemos sumergidos otra vez en la vorágine inconsciente de nuestras rutinas. Todo lo que construimos, luchamos, trabajamos y nos esforzamos en esta época del año, dista todavía unos meses de verse recompensado.

Esto se empieza a hacer largo...

Llega en nada Navidad. Momento necesario para todo riasecano que espera su semana santa. Ya que para que muera por nosotros, es necesario primero; que por nosotros haya de nacer. Es momento de familia, de ilusión y de fe.

Hay algo además, que desde hace varios años se ha convertido en tradición por estas fechas para todos los que somos de la escalera. De entre todas las felicitaciones que podemos recibir en Navidad hay una que esperamos con especial cariño. Una que nos recuerda, otra vez, que la estamos esperando.

Es una carta especial, no es una carta cualquiera. Viene sellada en el dorso con la imagen de la escalera.

Esta felicitación es diferente, quizá no pegue con el árbol o el belén que tu madre ha puesto al lado de la puerta. Pero quiero que se vea cuando entre, la primera. Ponla encima de la cómoda, al lado del cuadro de la escalera.

En cuanto pasa Navidad, empezamos a preparar el año nuevo y echamos mano del calendario para organizar los hitos que guiarán nuestra vida durante los siguientes doce meses.

Fijamos los cumpleaños, marcamos las vacaciones y anotamos los puentes. Pero hay algo antes de eso. Algo que es lo primero que miramos cuando a nuestras manos llega por vez primera el calendario de un nuevo año.

¿Cuándo cae semana santa? ¿Es muy tarde o casi en mayo? ¿Cuándo sale la escalera?

Este año creo que en Viernes, siempre contesta mi hermano. Tan gracioso como siempre

Es casi lógico para alguien de Rioseco, pero raro para el resto. Es uno de los pocos días del año en el que no queremos sorpresas. Un día en el que sabes lo que va a pasar, pero es justamente eso lo que hace que sea especial.

Sabes que te vas a levantar pronto, te vas a arreglar y vas a ir a la capilla.

Sabes que no vas a comer mucho ni tarde, porque en nada viene el refresco,

Sabes que irás a la Gregory para dejarles tu aliento.

Sabes incluso la ropa. Túnica blanca y pañuelo.

Sabes también lo que llevarán el resto.

Sabes lo que cenarás de primero, de segundo y de tercero.

Sabes bien donde estarás durante el día en cada momento.

Sabes que no quieres sorpresas, que todo pase muy lento.

Solo sabes que lo sabes, porque otros lo supieron.

Lo sabes todo y aun así, así lo sigues queriendo.

Siempre es un día especial y este año más que el resto.

“La paciencia comienza con lágrimas y, al fin, sonrío.”

Ramón LLull

Casi no hemos digerido los polvorones, y en cuanto dejamos de felicitar el año nuevo, llega Candelas. Momento de verdadera consciencia de que esto se acerca.

Arréglate y no llegues tarde, que igual que en la misa de mayo, seguro que nos esperan. Además siempre nos guardan el mismo sitio por la parte delantera. Que de las cosas importantes hay que enterarse bien, y no a medias. Un poco más adelante, que parece que nos diera vergüenza, pero siempre con la familia, los Santamaría cerca.

Si me preguntan a mí, la verdadera cuaresma empieza con el secretario del paso recitando la lista entera.

Es justo ese el momento, en el que sabes que de verdad empieza. Lista que siempre has escuchado y que, sin ser del todo consciente, te sabes de memoria. Puedes adivinar cuando le toca a tu tío, a tu padre o a ti mismo solo oyendo el nombre del que responde.

Y cuando llega tu turno, te quitas la carraspera, y dices bien alto “está”. Fuerte, para que se entienda.

Aún recuerdo lo nervioso que me ponía esta **escena siempre cuando era niño**. Y aun a día de hoy, aunque de otro modo, queda algo de ese sentimiento de responsabilidad y nervios del niño aquel que fue por primera vez a una junta de candelas con su padre y su tío de la mano.

Aquí empieza la cuaresma, últimas semanas ya. Semanas de viernes de chicharrillo en escabeche al llegar a casa y mañanas de domingo donde la calle mayor pareciera que se hubiese vestido de gala.

¡Qué diferente se ve en primavera la calle Mayor!, ¡como huele ya a Semana santa!

Solo quedan apenas unas pocas semanas de espera, y aunque sea lo más duro, Las jornadas de hermandad nos ayudan a calmar la impaciencia.

Es realmente mágica la sensación de pertenencia a la hermandad. Es bastante significativo, de hecho, ver como una simple tarde de sábado de cuaresma, con el casino lleno, las personas que te acompañarán el próximo viernes santo cuentan lo que significa para ellos el que también es, su día más especial.

Es maravilloso saber que la hermandad está más viva que nunca y que hay otros, que como tú, estarían hasta el mismísimo viernes santo sin parar de hablar de su paso.

Es maravilloso saberse parte de un legado, trazado por los que vinieron y cedido para los que vendrán detrás.

Es maravillo ver que todos en esa sala, saben lo que es esperar.

“La esperanza es una cosa con plumas que se posa en el alma y canta una melodía sin palabras que nunca se detiene...”

Emily Dickinson

Ya está aquí semana santa, el ronco sonido del pardal nos avisa el sábado de pasión en la proclama, que las calles de Rioseco se vestirán de gala un año más.

Llega el domingo. La junta. Y la espera de todo un año se consuma al fin. Es la última del ciclo, con la que culmina la espera.

Se elegirán a los 20, se abonarán las cuotas, y el hermano mayordomo nos dirá donde será el refresco y la cena. Es una junta ágil y señorial, no se necesita más. Dejamos todo preparado para que el viernes vuelva a ser especial.

En las caras de los 20 se empieza a apreciar un gesto diferente, es una mirada de respeto, algunos dirán que de miedo. Tiene un ligero tinte de impaciencia, Y un aroma de esperanza.

Es la esperanza la que nos lleva a creer que vendrán los ciclos más especiales, los que le dan sentido a todo.

Quemando etapas año tras año la esperamos, como siempre; pero hay ciertos ciclos. Ciertos años, que no se esperan igual. No son lo mismo. Y es justo para esos años, donde la espera se viste de esperanza.

Es la espera dentro de la espera, es saber que serán uno o varios viernes santos en la vida con ese matiz diferente que los hacen especiales. Y eso no quita importancia a los demás. Pero hay unos pocos en la vida; que le dan sentido a todo.

Porque cuando crees que no vas a poder esperar, está la esperanza... cuando crees que se te ha pasado la edad y nunca podrás llevarla y casi estas resignado a ser parte de la hermandad sin sacarla por culpa de tu espalda... Llega el año que cumples 20, los que sacan el paso se acercan, sabiendo que era tu año y te abrazan. Y en el refresco posan su mano en tu hombro sabiendo, porque ellos lo han esperado, lo que darías por estar ahí, con ellos.

No recuerdo si fueron los 20, pero con uno me basta...

Y es ahí cuando descubres lo que es ser de la escalera.

No es ir a la misa de mayo como un domingo cualquiera, sino hacerlo por los que fueron tus hermanos.

No es sacar el paso, es hacerlo a una con ellos, los que se esfuerzan contigo para levantarlo.

No es ponerse elegante con el pañuelo en la cena, sino escuchar y aprender, de los mayores para saber lo que esperan.

No es simplemente salir a alumbrar el viernes santo, sino hacerlo consciente de ser parte de una hermandad como la escalera.

Recuerdo en concreto el viernes santo de 2016...

Ese año, como todos los años, llegó el fin de la espera.

Ese año, como todos los años, vi salir a la escalera.

Ese año, como todos los años, entre al corro, para verla.

Y como todos los años me acerque a la capilla, sin cruzar la puerta

Pero ese año iba de blanco, vestida por vez primera,

Y con mis primas y al lado, ese año sí, cruzamos la puerta.

Es que era un año distinto, había que estar más cerca.

Porque mi padre y mi hermano agarraban la madera.

Ahí es cuando descubres que la espera recompensa. De ahí sacaste fuerzas para recuperarte y prepararte en el momento exacto en el que tenías que hacerlo.

Sacarla con tu padre. Uno al lado del otro, en el lado de la pared. La misma pared del barrón que sacase su abuelo, o eso te han contado... Será siempre nuestro sitio. Su último año y mi primero.

Ese ha sido hasta ahora nuestro ciclo más especial, el que da sentido a todo.

Sin embargo, hay un ciclo en concreto que todo hermano de la escalera tiene la esperanza de poder vivir algún día. Servir la escalera!. Y este año lo viviremos muy cerca. Este es el año en el que nuestro tío sirve el paso. La persona que nos apuntó cuando nacimos junto con nuestro padre, y que nos regaló la medalla de la escalera en nuestra primera comunión, ese mismo, sirve la escalera en apenas dos días.

El ciclo más especial de nuestras vidas, hasta el momento, está cerca de su fin.

La espera, como ocurre con las mejores cosas de la vida, merecerá la pena.